



LAS CAVERNAS DE AITZ-BITARTE EN LANDARBASO

En Agosto de 1896 ví en el Euskal-Batzarre, los huesos de animales desaparecidos y emigrados y los productos de la industria humana hallados en las cavernas de Aitz-bitarte el año anterior. Si la memoria no me es infiel, con aquellos huesos había otros procedentes de la caverna de San Elías, (Oñate). Llamóme la atención el hallazgo por haber sido yo siempre aficionado á la Paleontología y á la Prehistoria. Desde los primeros tiempos de mi juventud gustaba de estos estudios y si no los cultivé, en la medida que mis inclinaciones pedían, es por que el medio social é intelectual en que he vivido y trabajado no los conocía, ni quería conocerlos. Como contra mi voluntad, y haciendo esfuerzos no siempre acompañados del mejor resultado, he tenido que adaptarme, en lo posible, á ese medio, Paleontología y Prehistoria quedaron para mí relegadas á mejores y más descansados días, en los que el espíritu pudiese gozar de libertad para leer descansadamente el magnífico libro que la naturaleza tiene siempre abierto ante nuestros ojos: libro por desgracia casi sin lectores en España. La plenitud de esos días acaso aún no ha llegado; es posible que no llegue nunca;

pero de cuando en cuando, un breve y fortalecedor alto en el camino de la vida, me permite sentarme ante la gran obra de Dios, recrearme en ella, meditar y aprender. ¡Paréntesis deliciosos en los que el alma, elevándose al Creador en brazos de la ciencia, goza, olvidada de miserias humanas, en la contemplación de la grandeza Divina!

En el recién fundado Museo municipal volví á ver los más (páreceme que no todos) de los huesos y objetos del Euskal-Batzarre. Sirviéronnos muchas veces de tema de conversación al laborioso é inteligente organizador del Museo señor Soraluze y á mí, y como ambos gustamos de recorrer montes y valles, en busca de bellos panoramas que admirar y de asuntos de estudio en que entretenernos, acordamos encaminar nuestros pasos á las cavernas de Aitz-bitarte en la primera excursión que juntos emprendiéramos. Hicimoslo cierto domingo del pasado mes de Agosto, en que acertó el tiempo á amanecer hermoso y acertamos nosotros á aprovecharle; y con más que mediano calor, azul el cielo, sin una nube, ardiente el sol y poca ó ninguna brisa, marchamos por Ametzagaña, y pasando entre Choritokieta y San Marcos, dimos con nuestros cuerpos, un tanto sudorosos y empolvados, en las ventas de Astigarraga, á las nueve y media de la mañana. Levantóse la brisa cuando nos vió sentados á la sombra de los árboles y refrescónos por fuera mientras nosotros refrescábamos por dentro, bebiendo agua (que de cercana fuente nos trajo una muchacha) mezclada con café, que es el mejor y estoy por decir que el único remedio eficaz contra la sed, que conozco.

Hecho allí un ligero desayuno tomamos el camino de las cavernas monte atraviesa, y bajando por una ladera bastante pendiente, nos internamos en un helechal tan espeso y de tanta altura, que pronto quedamos como anegados en él, pues sus ramas nos cubrían por completo. A duras penas advertía yo, en fuerza de empinarme, contra todas las leyes del equilibrio, el sombrero del amigo Soraluze que pocos pasos delante de mí caminaba ó nadaba, que no sé bien decir si hacía lo primero ó lo segundo, y mientras con los ojos intentaba seguirle, las ramas de los helechos asíanse á mis piés y enroscábanseme en las piernas. Dicho se está que avanzábamos poco, pero luego avanzamos menos porque el mar de helechos vino á acabar en una playa de espesas y espinosas zarzas, de donde no sé si hubiéramos salido, si un hombre que allí cerca estaba no hubiera acudido en nuestro auxilio armado de una hoz, con la que en fuerza de tajos á tuerto y á derecho nos abrió

calle. Libre ya, supe que aquél nuestro libertador era Igarra, el guarda de las aguas de Añarbe, el cual no solo conocía las cavernas de Aitz-bitarte, sino también otra que hay más adelante, en el monte Urdaburu, por la que le pregunté. Aquellas las había visitado y esta no, pero tenía noticias de ella. Vínose con nosotros (á ruego de Soraluze) y fué nos muy útil.

Poco más de las once serían, cuando llegamos frente á las grutas, que están en la falda meridional de un empinado monte y en paraje por todo extremo, ameno y pintoresco. El monte es un estribo avanzado de la cordillera que corre de Aya á Adarra, y que en aquella parte lanza un ramal paralelo á sí misma que se denomina Landarbaso. Córtales delante de las grutas una honda garganta por la que corre, y en algunos sitios salta, un pequeño arroyo. En el fondo de la garganta aparece el monte Urdaburu con su doble arrogante cumbre. Alfombran las laderas helechos y jarales, en algunas partes espesísimos, y hasta las mismas cumbres trepa el bosque, formado de robles y hayas. El terreno es cretáceo (tramo inferior) pero limitando con el superior y teniendo cerca una ancha faja de rocas silurianas y cambrianas.

Visitamos las dos cavernas mayores, que son la segunda y tercera. Aquella tiene una gran boca de 16 metros de ancho por 8 de alto y una profundidad que no bajará de 35 metros hasta el punto en que el bastión de caliza que forma el techo, viene á juntarse casi con el suelo que es en este punto un fangal. La entrada de la otra no es menos grande, aunque sí de más difícil acceso, pues se llega á ella por una cornisa lateral, abierta en la roca, de un par de decímetros de ancho, á lo sumo, y á 40 metros sobre el arroyo. Desemboca la cornisa en una meseta inclinada hacia afuera y en el fondo de esta (á la derecha de la cornisa) se abre el vestíbulo de la gruta, pieza de 25 metros de largo por 18 de ancho y 8 de altura. En el fondo, con rumbo al Noroeste, aparece una entrada no muy ancha, ante la que nos detuvimos, dejando satisfecha la vista con esta rápida inspección de los lugares y pensando en acudir á los repetidos requerimientos del estómago, que con vehementes quejas nos recordaba ser ya pasado, con mucho, el mediodía. Y así, después de haber buscado un sitio fresco, sombreado por copudos árboles y no distante de un cristalino y frío manantial que junto al mismo arroyo brota, almorzamos sabrosísimamente lo que cada uno llevaba, que fué bastante á convidar al bueno

de Igara, de modo que quedara contento. Saboreado el café y reclinados con toda comodidad en la blanda cama de helechos en que descansábamos, dormimos breve y agradable siesta, arrullados por un vientecillo suave, saturado de aromas campestres. A las tres y veinticinco entrábamos en la gruta tercera, que nos pareció la mayor y más importante y, traspuesto el boquete que antes dije, nos hallamos en una estancia de 14 metros de largo y desigual anchura, de la que pasamos á otra más reducida. No teníamos, por desgracia, más luz que dos faroles á la veneciana y una vela que en la mano llevaba Igara. Nuestra exploración había de ser por esta causa muy incompleta. Llegamos á un anchurón á cuya entrada hallamos una grieta estrecha que nos pareció profunda y que salvamos por una piedra estrecha y resbaladiza que la naturaleza ha puesto allí á manera de fuente. A corta distancia dimos con una segunda grieta bastante más ancha que la primera é imposible de trasponer sin un tablón que hiciera de puente. Esta dificultad insuperable nos determinó á volvernos, persuadidos de que la gruta merecía una segunda y mejor preparada visita y dispuestos á no demorarla mucho. Salimos á las cinco menos cuarto y emprendimos la vuelta á San Sebastián por Echechiki (el caserío de Igara, donde limpiamos un poco la ropa, cubierta de polvo calizo) las ventas de Astigarraga y Rentería, entrando en la ciudad á las nueve de la noche.

*
* * *

Por aquellos días había tenido el gusto de conocer al señor Roton-do Nicolau, paleontólogo distinguido y propietario de un copioso museo prehistórico por él mismo reunido, pieza á pieza, hasta el número respetable de 40.000 ejemplares. Aunque convencido como nosotros de la importancia de los hallazgos hechos en Landarbaso y del interés que ofrecía la continuación de los trabajos, no había podido acompañarnos. Al regreso tratóse entre los tres la cuestión de proceder á nuevas exploraciones de aquellas grutas y de otras de la provincia de que hablé y presenté nota de hasta 26. Convinimos en que la empresa era superior á nuestros medios y lamentamos que tantas riquezas paleontológicas como encierran esas cavernas y muchas más hasta hoy desconocidas, que sin duda existen en la provincia, continuasen enterradas, perdidas para la ciencia y expuestas á total destrucción. Ocurrióme entonces la idea de acudir á la Diputación provincial en demanda de algún auxilio para emprender una serie de exploraciones es-

peleológicas en Guipúzcoa y luego que mis compañeros la conocieron la aprobaron sin discusión, encomendándome la redacción de una instancia expositiva de nuestros propósitos. Indicado por mí de palabra al presidente señor Machimbarrena, en una amistosa conversación que sobre el particular tuvimos, halléle, no solo muy dispuesto á secundarnos, sino perfectamente preparado para comprender la importancia de los estudios prehistóricos y de las ciencias que con ellos se relacionan, á todas las cuales ha extendido su inteligente é incansable actividad intelectual. Presentada la instancia el 10 de Septiembre, fué nos concedido lo que en ella pedíamos, á saber, braceros y medios de transporte para los objetos que encontráramos, y pocos días después marcháramos á Aitz-bitarte los señores Rotondo, Soraluze y yo, acompañados de los señores Menen y Ortíz de Urbina, erudito orientalista el primero, y distinguido pintor el segundo. Cuatro braceros enviados por el Ayuntamiento de Rentería, hicieron bajo nuestra dirección excavaciones, que empezaron á las siete y media de la mañana y fueron suspendidas á las doce para dar descanso á la gente y almorzar. Poco después de las dos volvimos á nuestra faena, que solo interrumpimos para acabar la exploración de la tercera cueva, ó sea la que hallamos el señor Soraluze y yo cortada por una grieta infranqueable. Tendimos sobre ella un tablón que para el caso habíamos pedido á Rentería, y sobre él pasamos todos á la segunda parte de la caverna, que vimos no ser tan grande como la fama pregona, ni siquiera como nosotros pensábamos, aunque sí bastante espaciosa. Divídese en dos partes: la de la derecha forma un grupo de dos salas á desigual nivel, acabando en un socavón pequeño, al que se entra por un agujero estrecho; la de la izquierda se prolonga por una alcantarilla natural de 50 á 60 centímetros de altura en algunos sitios, que conduce á otra balsa sin salida y no muy grande, también de difícil acceso. De vuelta de nuestra excursión subterránea, prosiguieron los trabajos hasta que la falta de luz diurna nos impidió continuarlos, advirtiéndonos de que debíamos emprender el regreso, lo que hicimos á las cinco y media, satisfechos del resultado obtenido.

*
* *

Queda aún mucho que hacer en Aitz-bitarte. Cuando nuevas exploraciones nos hayan permitido registrar las masas aluviales que llenan las grutas, tendremos resueltos todos los problemas científicos en ellas planteados. Entre tanto, no debemos atribuirles lo que no nos

han dicho, pues acaso nos reservan todavía grandes sorpresas. Lo que se puede afirmar sin vacilación es que fueron habitadas por el hombre en los primeros tiempos de la época cuaternaria cuando el clima de Guipúzcoa y la fauna del país eran muy diferentes de los de ahora. La mayor parte de los restos hallados en las excavaciones del conde de Lersundi proceden de la tercera gruta y yacían bajo una gruesa capa estalagmítica que fué volada con dinamita. Los recogidos por nosotros provienen de esta y de la que se halla inmediatamente debajo, ó sea la gruta segunda. Los de aquella formaban con el suelo un duro conglomerado en el que abundaban extraordinariamente huesos de diversos animales, rumiantes ó paquidermos, todos rotos en sentido longitudinal, para extraer de ellos el tuétano. En esta eran menos abundantes y se encontraban aislados ó en pequeños grupos en la capa de tierra. Los trozos de mandíbulas que se recogieron pertenecen á las mismas familias mencionadas. Encontramos también un trozo de asta de reno. No hemos logrado recoger ningún trozo de esqueleto de felino. Cier-to que los fragmentos oseos hallados no pueden, por su pequeñez (aparte algunos trozos de mandíbula y varios dientes) clasificarse con probabilidad de cierto; solo diré que algunos pertenecen á animales de enorme corpulencia, hipópótamos ó rinocerontes colosales.

En las excavaciones hechas por el conde de Lersundi y que duraron más de veinte días (las nuestras, hasta la fecha en que esto escribo, sólo cuentan unas cuantas horas) se recogieron huesos de animales tan característicos como el oso de las cavernas, el tigre, el mamut, la hiena, el rinoceronte lanudo, el bisonte, el rengífero, el lobo, & &.

Nosotros hemos traído de la segunda caverna unos trozos de tibia y húmero de un animal cuyo esqueleto presentaba bastante semejanza con el humano. Estos huesos están en estudio y nada hemos de decir acerca de ellos mientras un examen detenido no nos dé luz suficiente para su clasificación.

Los productos de la industria humana y objetos con incisiones que revelan la mano del hombre abundan en Landarbaso. Hemos traído hachas de pedernal, punzones, raspadores, cuchillos, etc., etc., así como también lapas (enterradas á dos metros de profundidad y formando parte del conglomerado) que el hombre primitivo comía, perforando después las conchas para ensartarlas y formar collares y pulseras. Uno de los huesos antidiluvianos está muy artísticamente trabajado en forma de sierra.

Las cuestiones que la inspección de estos objetos plantean son del mayor interés científico. He aquí las principales:

1.^a Identidad de la forma de Guipúzcoa y del resto de Europa en el período cuaternario.

2.^a Identidad del clima de la época paleolítica al Norte y al Sur del Pirineo y por tanto analogía con el de ciertas regiones de Siberia.

3.^a Existencia del oso de las cavernas, el mamut y el rinoceronte al Sur del Pirineo, hasta hace poco dudosa para muchos paleontólogos.

4.^a Coexistencia del hombre en Guipúzcoa con los grandes mamíferos desaparecidos, exactamente como en el resto de Europa.

5.^a Analogía, y en algunos casos identidad, entre los productos de la industria humana primitiva en esta provincia y en el Mediodía de Francia hasta el Loire y quizás más al Norte, y por tanto analogía, probablemente identidad de la raza.

Como los cráneos de la época paleolítica encontrados en Cro-Magnon (Dordogne, Francia meridional) pertenecen, según el famoso antropólogo Pruner-bay á una especie de hombres de tipo mongoloi-de, emparentado más ó menos remotamente con la raza euskara, llegaríamos á conocer si ese parentesco pasase de sospecha á certidumbre mediante el hallazgo de esqueletos ó siquiera de cráneos humanos, el elemento más antiguo de los que componen dicha raza, es decir, el basco primitivo. Si, como es probable, los hombres que habitaron en la época paleolítica las cuevas de Aitz-bitarte, tenían en ellas un paraje destinado á enterramientos, el hallazgo de ese paraje nos daría la clave de uno de los más intrincados problemas, que se ofrecen á la atención de los sabios: el de los orígenes euskaros.

* * *

En España no hay ambiente para estas cuestiones. A muchos ignorantes se les antojan ocupaciones propias de gente de poco seso. El caso del señor D. Emilio Rotondo Nicolau, coleccionador infatigable de objetos prehistóricos, puede considerarse único. Hablar de exploraciones subterráneas en busca de huesos y hachas de pedernal es dar ocasión á la risa de los tontos, los cuales hartos se sabe que son infinitos. En esto, como en tantas otras cosas, Guipúzcoa marcha á la cabeza del país, mostrándose una vez más digna de albergar en su seno la capitalidad de la nación parte del año. Aquí halló luego calor mi propósito de emprender la exploración sistemática de las cavernas de la provincia; y no sólo en la Diputación, sino también en el Ayunta-

miento, cuyo alcalde, el señor D. Sebastián Machimbarrena, nos ofreció, lleno de noble entusiasmo, la cooperación del Concejo, además la suya personal, valiosísima y por nosotros muy agradecida.

Ni nos faltó tampoco el apoyo de buen número de donostiarras distinguidos por su talento y cultura, muchos de los cuales se asociaron desde el primer momento á nuestras conversaciones y debates, llegando algunos á prometernos su compañía en las sucesivas expediciones. Espero que este movimiento intelectual que parece despertarse en San Sebastián ha de ir en aumento y dará sazonados frutos.

El ejemplo viene de muy alto. S. M. el Rey, en la visita que hizo al Museo municipal la antevíspera de su regreso á Madrid, detúvose largo rato ante los ejemplares traídos de Landarbaso, y pidió minuciosa noticia de ellos y de las cuevas al señor Rotondo Nicolau y á mí. Con la rápida intuición de que su juvenil inteligencia viene dando tan brillantes muestras, comprendió el interés que ofrecen los descubrimientos hechos y los que aún pueden hacerse. Quiso conocer las dimensiones, situación, y otras circunstancias de las cuevas, la distancia, manera de ir, caminos que á ellas conducen y estado de estos, á todo lo cual satisface lo mejor que pude y, á decir verdad, creo que no mal, por haber recorrido el terreno á pie y visitado aquellos parajes más de una vez. S. M. exclamó, luego que oyó mis informes:

—Es muy interesante. Mañana voy. Y volviéndose á S. A. la Princesa de Asturias, dijo:

—¿Quiéres venir, Mercedes?

Entonces añadí, por habérmelos pedido S. A., algunos detalles relativos á la entrada en las grutas, advirtiéndolo incómodo, y hasta peligroso del acceso á la tercera, y lo conveniente que sería ensanchar la cornisa que conduce á la boca de esta, antes de que las reales personas las visiten. Con esto y con lo que dije del estado del camino de las ventas de Astigarraga á Aitz-bitarte (4 kilómetros convertidos en lodazal por las lluvias de los días anteriores) quedó aplazada la expedición, con evidente pesar de S. M., hasta el próximo verano.

Para entonces, Dios mediante, las cuevas de Landarbaso nos habrán revelado todos sus secretos.

GONZALO DE REPARAZ.

San Sebastián, 8 Octubre, 1902.

